

13.º domingo ordinario B

***Dios no hizo la muerte,
ni se recrea en la destrucción de los vivientes;
todo lo creó para que subsistiera. (Sb 1,13.14)***



Primera lectura

Sabiduría 1,13-15; 2,23-25

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni imperio del Abismo sobre la tierra, porque la justicia es inmortal.

Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza.

Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.

Segunda lectura

2 Corintios 8,7-9.13-15

Hermanos y hermanas: Ya que sobresalís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. Bien sabéis lo generoso que ha sido nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, por vosotros se hizo pobre, para que vosotros, con su pobreza, os hagáis ricos. Pues no se trata de aliviar a otros pasando vosotros estrecheces; se trata de nivelar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá nivelación.

Es lo que dice la Escritura: "Al que recogía mucho, no le sobraba; y al que recogía poco, no le faltaba".

Evangelio

Marcos 5,21-24.35b-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: – Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba. Llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: – Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?

Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: – No temas; basta que tengas fe. No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se

lamentaban a gritos. Entró y les dijo: – ¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida.

Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entro donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: – Talitha qumi (que significa: "Contigo hablo, niña; levántate").

La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar – tenía doce años –. Y se quedaron viendo visiones.

Les insistió en que nadie se enterase, y les dijo que dieran de comer a la niña.

Meditación

Nosotros tenemos una mentalidad racionalista. En el caso de la chica "resucitada" se han gastado ríos de tinta a propósito de las diversas hipótesis racionales, la primera de las cuales se refiere a la posibilidad de una "muerte aparente". Sin embargo, pienso que perderíamos el tiempo planteando el problema en estos términos.

El segundo evangelista era todo menos un racionalista. Para él, como para muchos de sus contemporáneos, el hecho de que uno resucitara no era tan milagroso: también entre los griegos había casos de "resurrección", incluso con certificados oficiales y todo. El subrayado de Marcos era que Jesús era el verdadero Mesías porque su palabra iba a la par de la vida, como quiera que se explicara el hecho concreto de recobrar la vida.

Hay otro elemento que domina el relato: Jesús, que es presentado por Marcos con los mismos rasgos de Dios, jamás es dibujado con los rasgos del superhombre. El hombre Jesús hace preguntas como todos los demás; no envuelve la grandeza de su poder benéfico en el misterio de una magia cegadora; intenta reducir la importancia de su poder de curación ("la niña no está muerta, sino dormida"); y finalmente se preocupa de un detalle de la vida cotidiana: "Dijo que le dieran de comer". El no venía a resolver los pequeños problemas de la vida, para hacer del creyente un holgazán. No, la niña resucitada tenía que comer como todos los demás; si no, quedaría expuesta a una nueva enfermedad. Jesús quería hacer saber que la muerte no era ya un límite absoluto: había otra orilla, que podría ser alcanzada únicamente por la fe. Es inútil todo el racionalismo teológico gastando tanta artillería en soñar y justificar su resurrección corporal y la de los que creen en él.

Un verdadero creyente espera firmemente superar la muerte, pero le deja a Dios el "cómo" y el "cuándo".

En definitiva, el racionalismo no es más que la ortopedia de una fe débil y deficiente. Y si el racionalismo se convierte en apologética, quiere decir que aquella comunidad está gravísimamente enferma en su estado de fe.

Cristo es el centro de la historia y de todas las cosas, nos conoció y nos ama, compañero y amigo de nuestro vivir, varón de dolores y de esperanza; el que ha de venir de nuevo y ha de ser, finalmente, nuestro juez y, según confiamos, también nuestra plenitud y nuestra bienaventuranza.

Cristo es el principio y el fin, Alfa y Omega, rey del mundo nuevo, la razón oculta y suprema de la historia humana y de nuestra suerte futura; él es el mediador y como un puente trazado entre la tierra y el cielo; en sumo grado, más que todos, es el más perfecto Hijo del hombre, porque es Hijo de Dios, eterno, infinito, e Hijo de María, la bendita entre todas las mujeres, madre suya según la carne y madre nuestra por comunión con el Espíritu del Cuerpo místico.

(De las Homilias del papa Pablo VI.)

13.º domingo ordinario B

***Dios no hizo la muerte,
ni se recrea en la destrucción de los vivientes;
todo lo creó para que subsistiera. (Sb 1,13.14)***



Primera lectura

Sabiduría 1,13-15; 2,23-25

Dios no hizo la muerte, ni se recrea en la destrucción de los vivientes; todo lo creó para que subsistiera; las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas veneno de muerte ni imperio del Abismo sobre la tierra, porque la justicia es inmortal.

Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza.

Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.

Segunda lectura

2 Corintios 8,7-9.13-15

Hermanos y hermanas: Ya que sobrealís en todo: en la fe, en la palabra, en el conocimiento, en el empeño y en el cariño que nos tenéis, distinguíos también ahora por vuestra generosidad. Bien sabéis lo generoso que ha sido nuestro Señor Jesucristo: siendo rico, por vosotros se hizo pobre, para que vosotros, con su pobreza, os hagáis ricos. Pues no se trata de aliviar a otros pasando vosotros estrecheces; se trata de nivelar. En el momento actual, vuestra abundancia remedia la falta que ellos tienen; y un día, la abundancia de ellos remediará vuestra falta; así habrá nivelación.

Es lo que dice la Escritura: "Al que recogía mucho, no le sobraba; y al que recogía poco, no le faltaba".

Evangelio

Marcos 5,21-43

En aquel tiempo, Jesús atravesó de nuevo a la otra orilla, se le reunió mucha gente a su alrededor, y se quedó junto al lago. Se acercó un jefe de la sinagoga, que se llamaba Jairo, y al verlo se echó a sus pies, rogándole con insistencia: – Mi niña está en las últimas; ven, pon las manos sobre ella, para que se cure y viva.

Jesús se fue con él, acompañado de mucha gente que lo apretujaba. Había una mujer que padecía flujos de sangre desde hacía doce años. Muchos médicos la habían sometido a toda clase de tratamientos y se había gastado en eso toda su fortuna; pero, en vez de mejorar, se había puesto peor. Oyó hablar de Jesús y, acercándose por detrás, entre la gente, le tocó el manto, pensando que, con solo tocarle el vestido, curaría. Inmediatamente se secó la fuente de sus hemorragias y notó que su cuerpo estaba curado. Jesús, notando que había salido fuerza de él, se volvió en seguida, en medio de la gente, preguntando: – ¿Quién me ha tocado el manto?

Los discípulos le contestaron: – Ves cómo te apretuja la gente y preguntas: "¿Quién me tocado?"

El seguía mirando alrededor para ver quién había sido. La mujer se acercó asustada y temblorosa; al comprender lo que había pasado, se le echó a los pies y le confesó todo. El le dijo: – Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud.

Todavía estaba hablando, cuando llegaron de casa del jefe de la sinagoga para decirle: – Tu hija se ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?

Jesús alcanzó a oír lo que hablaban y le dijo al jefe de la sinagoga: – No temas; basta que tengas fe. No permitió que lo acompañara nadie, más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago.

Llegaron a casa del jefe de la sinagoga y encontró el alboroto de los que lloraban y se lamentaban a gritos. Entró y les dijo: – ¿Qué estrépito y qué lloros son éstos? La niña no está muerta, está dormida. Se reían de él. Pero él los echó fuera a todos, y con el padre y la madre de la niña y sus acompañantes entro donde estaba la niña, la cogió de la mano y le dijo: – Talitha qumi (que significa: "Contigo hablo, niña; levántate").

La niña se puso en pie inmediatamente y echó a andar – tenía doce años –. Y se quedaron viendo visiones.

Les insistió en que nadie se enterase, y les dijo que dieran de comer a la niña.

Meditación

Dos gestos decisivos de Jesús frente a la muerte se entrecortan en este relato. La mujer que tenía una pérdida de sangre era el símbolo de la frustración vital. Para una hebrea la esterilidad o el simple hecho de no tener descendencia equivalía a una muerte prematura. Efectivamente, los hijos prolongan la vida, y quien moría sin hijos era una especie de muerto total. Esta era la "vergüenza" de la pobre mujer que había gastado todo lo que tenía con tal de tener vida. En cuanto a la hija del jefe de la sinagoga estaba realmente muerta cuando Jesús llegó a su cama.

El hecho de que los dos acontecimientos se entrecorten ofrece una clave interpretativa. Nosotros tenemos una mentalidad racionalista, por la cual intentamos verificar si la curación de la mujer fue debida realmente a un hecho milagroso o, por el contrario, a una especie de sugestión psíquica producida por el entusiasmo que ella tenía por Jesús. En el caso de la chica "resucitada" se han gastado ríos de tinta a propósito de las diversas hipótesis racionales, la primera de las cuales se refiere a la posibilidad de una "muerte aparente". Sin embargo, pienso que perderíamos el tiempo planteando el problema en estos términos.

El segundo evangelista era todo menos un racionalista. Para él, como para muchos de sus contemporáneos, el hecho de que uno resucitara no era tan milagroso: también entre los griegos había casos de "resurrección", incluso con certificados oficiales y todo. El subrayado de Marcos era que Jesús era el verdadero Mesías porque su palabra iba a la par de la vida, como quiera que se explicara el hecho concreto de recobrar la vida.

Hay otro elemento que domina el relato: Jesús, que es presentado por Marcos con los mismos rasgos de Dios, jamás es dibujado con los rasgos del superhombre. El hombre Jesús hace preguntas como todos los demás: "¿quien me ha tocado?"; no envuelve la grandeza de su poder benéfico en el misterio de una magia cegadora; intenta reducir la importancia de su poder de curación ("la niña no está muerta, sino dormida"); y finalmente se preocupa de un detalle de la vida cotidiana: "Dijo que le dieran de comer". El no venía a resolver los pequeños problemas de la vida, para hacer del creyente un holgazán. No, la niña resucitada tenía que comer como todos los demás; si no, quedaría expuesta a una nueva enfermedad.

Jesús quería hacer saber que la muerte no era ya un límite absoluto: había otra orilla, que podría ser alcanzada únicamente por la fe. Es inútil todo el racionalismo teológico gastando tanta artillería en soñar y justificar su resurrección corporal y la de los que creen en él.

Un verdadero creyente espera firmemente superar la muerte, pero le deja a Dios el "cómo" y el "cuándo".

En definitiva, el racionalismo no es más que la ortopedia de una fe débil y deficiente. Y si el racionalismo se convierte en apologética, quiere decir que aquella comunidad está gravísimamente enferma en su estado de fe.